

asimismo, obligada su configuración picaresca porque nadie está inmerso en ambientes tan corrompidos como un pícaro, un ser marginado por excelencia.

Otras innovaciones de menos importancia proceden de su condición de mujer. Por ello no sigue el esquema de «mozo de muchos amos», ni realiza largos viajes, ni camina sola, a diferencia de los pícaros varones; por lo mismo, usa de su belleza y encantos, además del ingenio, a la hora de fraguar sus burlas.

Tampoco sufre hambre jamás, ni padece sus consecuentes estímulos azuzadores de la inteligencia, porque este rasgo, fundamental en el *Lazarillo*, va paulatinamente disminuyendo al compás de la evolución de la novela picaresca, hasta casi desaparecer. Guzmán pasa menos hambre que Lázaro, y Pablos, aunque caricaturiza el vacío estomacal durante su pupilaje con el dómine Cabra, en conjunto soporta un hambre menor que la del *Pícaro*. Descenso equiparable al que se desarrolla en el esquema de «mozo de muchos amos», que es básico en *el de Tormes* (sirve a nueve), menos importante en el *Guzmán* (criado de cinco), y todavía menos en la narración de Quevedo, cuyo pícaro sólo entra al servicio de Don Diego Coronel.<sup>24</sup>

*La Pícaro Justina* es la primera novela picaresca de protagonista femenino de la literatura española, y todas sus innovaciones son usuales en un autor que desea demostrar su originalidad dentro del género, al que precisa para exponer cabalmente sus ideas. Siguiendo la concepción decisiva del género picaresco que ha desarrollado el profesor Lázaro Carreter,<sup>25</sup> nos parece incuestionable la inclusión de *La Pícaro* entre los vástagos narrativos del *Lazarillo*.

Por otra parte, el *Libro de entretenimiento* es, además de una novela picaresca, un relato satírico, siempre que se entienda su calidad de sátira, no como un género literario autónomo, sino más bien como una tonalidad que se inserta en otros géneros, ya que —en palabras de Highet— «las sátiras modernas escritas en prosa han adoptado casi siempre la forma de algún otro género literario, inyectando en él los asuntos y el espíritu de la sátira, que es lo que en sus tiempos había hecho Luciano».<sup>26</sup>

*La Pícaro Justina* conlleva todos los elementos definidores que para la sátira ha especificado Matthew Hodgart:<sup>27</sup> 1) Su función principal es, en efecto, entretener, además de influir en la conducta humana. 2) Su personaje es, sin duda, un tramposo. 3) Se fragua y publica, ciertamente, en una sociedad sometida a rígidos tabúes, leyes y convenciones morales y sociales. 4) Sátira, en este caso, conforme suele suceder, implica parodia «de las formas... más valoradas por el mismo parodista»,<sup>28</sup> esto es, del *Guzmán de Alfarache* y, en menor medida, del *Lazarillo de Tormes*. 5) *La Pícaro* cumple también a la perfección su carácter de sática al tener como elemento constante la obscenidad, distinta de la pornografía, ya que no describe detalladamente los atractivos del gozo sexual, sino que lo erótico se configura como una parte más de la prolongada infracción

<sup>24</sup> Cf. Jesús Cañedo, «El "curriculum vitae" del pícaro», en *RFE*, XLIX, 1969, págs. 125-180.

<sup>25</sup> Fernando Lázaro Carreter, «Para una revisión del concepto "novela picaresca"», en «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1972, págs. 193-229.

<sup>26</sup> Gilbert Highet, *La tradición clásica*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1954, 2 vols., tomo segundo, pág. 33.

<sup>27</sup> Matthew Hodgart, *La Sátira*, Madrid, Guadarrama, 1969.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pág. 23.

de los tabúes sociales. De ahí que Justina, claramente descrita como una prostituta a causa de los factores de herencia y ambiente, en cambio simula mantener su castidad durante todo el relato, aunque cualquier lector barroco se daría perfecta cuenta de su ocultación, de su verdadera faz non santa que se velaba en apariencia.<sup>29</sup> 6) Su contenido es, obviamente, grotesco. 7) Sus temas preferidos son, en efecto y como corresponde a la sátira, la política y las mujeres, especialmente éstas, a las que ataca acremente al echarles la culpa de todos los vicios de Justina. 8) Como sátira bien definida, utiliza constantemente juegos de palabras ingeniosos.

Verdaderamente, el *Libro de entretenimiento* cumple a la perfección todas las características que suelen diferenciar las sátiras de otras modalidades literarias. Sin embargo, no es sólo eso lo destacable, sino el hecho clave de que se encuadra, concreta y nítidamente, en un tipo muy especial de sátira barroca española, tal cual la enuncia Luis Alfonso de Carvallo en su *Cisne de Apolo* (1602). Las palabras de este conocido estudioso de la poética áurea parecen casi una definición determinada de *La Pícaro Justina*, por lo que las expongo a continuación: «*Sátira* se llama la compostura en que se reprehende o vitupera algún vicioso o algún vicio. Pero ya está recibida por murmuración, *apodo* o *matraca*, y por *figar* por la malicia de los que en nuestros tiempos usan mal dellas.»<sup>30</sup>

La obra de López de Úbeda se encuadraría, entonces, o bien entre los que «usan mal dellas», o bien entre «las sátiras en burla y juego, especialmente entre amigos para entretenerse —son también palabras de Carvallo— que llaman *matracas* o *apodos*».<sup>31</sup> Es decir, en cualquier caso, con buena o mala intención —probablemente con ambas, a veces, según los casos—, se trata de una sátira denominada, *apodos*, *figas*, *matracas*, *vayas*... Y ello porque estos términos aparecen constante y obsesivamente en la obra, según la cual Justina es «única en dar apodos», experta en matracas, consumada figona e ingeniosa en dar vaya. De continuo la vemos, en efecto, en figa y contrafiga, dando vaya y matracas a todos cuantos se cruzan en su camino y se detienen a conversar con ella. El carácter de figa, vaya, matraca o apodo preside siempre el deambular de la mesonera burlona, que de este modo queda prefigurado como satírico, tal y como lo describe Carvallo, a la manera barroca española.

Y no podía ser de otra forma en un libro de burlas constantes, cuya motivación, hartamente reiterada por su autor, estriba en el hecho de que todas las criaturas gozan de un rato de diversión: «El contento fue el padre de las musas —dice Justina— y el abuelo de la poesía, y el Parnaso fue corte de la poesía por ser paraíso de los deleites.» (p. 600). La auténtica finalidad del *Libro de entretenimiento* (es bien sabido que la pretendida intencionalidad moral es una burla más), conforme el título sugiere, es divertir a los lectores. Y en ello no hace otra cosa que seguir la corriente de su época en una de sus vías, tanto a nivel poético y literario, como a nivel filosófico y sociológico.

Aunque, como en apariencia hace el propio López de Úbeda, todos los tratados poéticos y retóricos siguen defendiendo el «deleitar aprovechando» horaciano, de hecho,

<sup>29</sup> He desarrollado este problema en el art. cit. en la nota 2.

<sup>30</sup> Luis Alfonso de Carvallo, *El Cisne de Apolo* (1602), Madrid, CSIC, 1958, vol. II, pág. 62.

<sup>31</sup> *Ibid.*, pág. 67.

cada vez más, va cobrando importancia primordial la función de entretener, a partir de finales del siglo XVI y principios del XVII; esto es, justo cuando, paradójicamente, se acentúa la presión moralizante.<sup>32</sup> En concreto «en la novela —asegura Riley—, el entretenimiento es lo principal, pues es claro que de él depende en gran parte la efectividad de la otra función».<sup>33</sup>

Justina reitera a menudo su idea clave de que la diversión es fundamental, para así justificar sus burlas satíricas, y dice, por ejemplo, que «no hay mejor rato que un poco de gusto. No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera todas cuantas cosas hay en el munto son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento» (p. 537). De este modo, se integra dentro de la corriente filosófico-médica contemporánea que va desde Castiglione y Villalobos hasta *Doña Oliva*. Esta es citada varias veces en la novela, y, una de ellas, directamente relacionada con la ideología que propugna el placer como factor imprescindible para conservar la salud humana. Así, con el fin de excusar y justificar sus fisgas y matracas, dice la heroína: «Lo demás que falta, dígalo *doña Oliva*, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; ¡ésta sí que era discreta!» (p. 538).

En efecto, Miguel Sabuco de Nantes (hoy sabemos que fue él quien escribió el conocido libro llamado *Nueva filosofía de la naturaleza humana* (1587), y no doña Oliva, su hija, a la que se le atribuyó siempre)<sup>34</sup> afirma que «el placer, contento y alegría son la principal causa porque vive el hombre y tiene salud, y el pesar y descontento, por que muere».<sup>35</sup>

Pero no sólo son motivos artísticos y filosóficos los que explican que Justina pergeñe una burla detrás de otra, sino también el hecho de que la propia contextura social de su momento histórico siga, entre cortesanos, dichos rumbos, conforme asegura la *Fastiginia* de Pinheiro da Veiga, cuando dice que todas las damas nobles «son profesoras de la nueva filosofía de doña Oliva Sabuco, que busca la ocasión y origen de todas las dolencias en la tristeza que causan los decaimientos del cerebro, y el remedio de ellas es la alegría, que conserva y recrea; y así ninguna ocasión de gusto ni desenfado dejan perder, principalmente, como es salir de casa...»<sup>36</sup>

La pícaro, en tanto que oculta a una dama cortesana, encaja perfectamente en la tradición de las burlas satíricas cortesanas, necesarias para la diversión y el entretenimiento que la nueva filosofía prescribía como remedio infalible de sanidad. Del mismo modo que Justina, las damas de la corte vallisoletana «se dicen sus remoques y palabras equívocas o de segunda intención... porque ordinariamente tienen un modo de hablar metafórico y de traslaciones, y no vulgar ni ordinario», y, con frecuencia, en el prado de la Magdalena, «hay muchas *matracas* de estudiantes que hacen trovas improvisadas y en competencia. Divididos en prosa y verso, *motejan* y zumban unos de otros y *dan*

<sup>32</sup> Cf. P. E. Russell, «El Concilio de Trento y la literatura profana», en Temas de «La Celestina», Barcelona, Ariel, 1978, págs. 441-78.

<sup>33</sup> Edward C. Riley, Teoría de la novela en Cervantes, Madrid, Taurus, 1971, pág. 146.

<sup>34</sup> Marcel Bataillon cree que también López de Úbeda estaba en el secreto, op. cit., pág. 43.

<sup>35</sup> Obras escogidas de filósofos, Madrid, BAE, 65, 1953, pág. 342.

<sup>36</sup> Pinheiro da Veiga, *Fastiginia*, traducción de Narciso Alonso Cortés, Valladolid, 1916, pág. 131. Ya M. Bataillon señaló las interesantes conexiones entre la obra del portugués y *La Pícaro en Pícaros y picaresca*, pág. 186.

vaya a los que pasan». <sup>37</sup> Así mismo, *El cortesano* (1561) de Luis Milán ofrece un inmenso repertorio de fisgas, vayas y apodos palaciegos, exactamente similares a los de *La Pícaro*, con la intención de dar «conversaciones para saber burlar a modo de palacio». <sup>38</sup> La misma línea de matracas, apodos y vayas que intentan «motejar de...» siguen, por ejemplo, las obras de Villalobos o los *Diálogos de apacible entretenimiento* de Gaspar Lucas de Hidalgo. En definitiva, pues, se trata de una serie de escritos varios, de muy distinta índole, pero coincidentes en el tipo de sátira que practica Justina, y define magistralmente Carvallo, otorgándole modalidad genérico-literaria.

Procedimientos estilísticos, medios, técnicas y propósitos del médico chocarrero coinciden con precisión matemática con la descripción que realiza el *Cisne de Apolo* de los que corresponden a fisgas, vayas, apodos y matracas: «Si son como no sean con ánimo de ofender, ni de pesadumbre, ni maliciosas, que llaman purezas, sino sólo con intento de *entretener, mostrar ingenio y dar gusto*» y dice Justina que pretende hablar «con donaire y gracia y sin daño de barras; que, si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal; que, si amago, no ofendo; que, si cuento, no canso; que, si una liendre hurto a la fama de alguno, le restituyo un caballo; que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan» (p. 127). «Y para esto es menester —prosigue Carvallo— mucha gracia natural, porque no se han de decir las cosas al descubierto, como decir sois tuerto o corcovado, sino con cierta cubierta, como tratando de *motejar* se dice en un *librillo de entretenimiento* (no olvidemos el título de la novela de López de Úbeda), que un motejador, para llamar a otro corcovado, le dijo: temprano habéis cargado. Y el otro le respondió: y bien temprano, pues no habéis abierto más de una ventana. Motejándole de tuerto. Así que de semejantes alegorías, comparaciones y símiles se ha de usar en estos *dichos satíricos*, procurando dar a entender el concepto que acá tenemos en nuestro entendimiento sin echarlo por la boca como el agua que está en la garrafa, que sin derramarla se echa de ver.» <sup>39</sup>

El *Libro de entretenimiento de La Pícaro Justina*, pues, como su título indica nítidamente, es una fusión perfecta de novela picaresca —segundo componente del sintagma— y sátira —primer componente—; es decir, es una novela picaresca satírica, que integra varias tradiciones de distinta procedencia en el seno axial del género picaresco, constituido así en el núcleo aglutinador de esos abolengos literarios dispares, que son, principalmente, los siguientes: misceláneas y literatura para-escolar en general, fabliellas, cuentos folklóricos, y todo el conglomerado del «exemplum» —jeroglíficos, historia de la antigüedad pagana o bíblica, anécdota de animales, fábulas, relatos mitológicos, chascarrillos...— Materiales variopintos que hallan toda su significación en el seno de la novela picaresca, básico por la intención primigenia de López de Úbeda: profundizar en los problemas sociales del supuesto determinismo de ambiente y herencia. Y es que «la escritora que se intitula *Pícaro* —dice Justina—... para fundar su intento debe probar que la picardía es herencia; donde no, será pícaro de tres al cuarto» (p. 167).

**Antonio Rey Hazas**

<sup>37</sup> *Ibíd.*, respectivamente, págs. 125 y 111.

<sup>38</sup> Luis Milán, *El cortesano*, Madrid, Col. de Libros Españoles Raros o Curiosos, 1874, pág. 5.

<sup>39</sup> Luis Alfonso de Carvallo, op. cit., págs. 67-68.